

En bicicleta y por los andenes de Nueva York



Lauro Zavala

Fotografía: iStock

LA EXPERIENCIA DE VIVIR EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK, especialmente si es por razones académicas, puede convertirse en un proceso de autodescubrimiento. Se podría decir que es una especie de Ciudad Rorschach donde cada residente temporal encuentra lo que busca, de manera sorprendente y casi inesperada, por ser una condensación de todas las demás ciudades. Y si las circunstancias lo propician, la ciudad magnifica la búsqueda personal y la conecta con realidades concretas, que parecen posibles sólo en un espacio cosmopolita por excelencia.

La experiencia de Adriana González Mateos que registran las crónicas de *And then... Andenes. Crónicas DF NY* se puede condensar en varias ciudades:

La ciudad de las crónicas. Durante su estancia, Adriana envió a *La Jornada* varias crónicas sobre la dimensión política, ecológica y gastronómica de la ciudad. Algunas de ellas se recuperan en este volumen.

La ciudad de las mujeres. Aquí se reseña la experiencia de enseñar inglés a las mujeres latinas que hacían el trabajo manual en un hospital del Bronx. Pero la estancia también propició un paulatino y despacioso redescubrimiento de La Malinche, sobre cuya figura se incluye un bien meditado ensayo, elaborado desde la perspectiva de la teoría *queer*.

La ciudad del cine. Todos los horizontes terminan por ser ampliados con la experiencia de asistir a uno de los cineclubes de cine extranjero que hay por toda la ciudad.

La ciudad de los mexicanos. Casi al inicio de su crónica se comentan las condiciones de muchos mexicanos que residen de manera permanente y que, en su mayoría, (como muchos otros extranjeros) han llegado de manera ilegal.

Adriana González Mateos,
And then... Andenes. Crónicas DF NY,
México, Dirección de Literatura,
UNAM, 2015, 134 pp.

La ciudad de las tertulias. La frecuentación de amigos que comparten intereses comunes y que provienen de lugares distantes se convierte en algo imprescindible para compartir una experiencia irrepetible.

La ciudad del *subway*. Todas las zonas, todas las clases sociales, todas las razas y todas las lenguas se conectan de manera azarosa y casual en el viejo metro de la ciudad, donde estas diferencias se convierten en la rutina de lo que siempre es distinto de sí mismo.

La ciudad del español. En varias zonas de la ciudad se habla español. Pero en otras zonas es necesario enseñar el español, traducir al español textos escritos en otras lenguas o simplemente olvidarse de esta lengua. La experiencia como maestra de español y, sobre todo, como traductora de complejos textos literarios, ocuparon gran parte de la estancia.

La ciudad del 11 de septiembre. El lapso necesario para estudiar y obtener el doctorado en letras en NYU estuvo enmarcado por dos momentos claramente identificables: el *Affaire Lewinsky* (1998) y el 11 de Septiembre (2011). Esta última experiencia fue vivida por todos los residentes de manera traumática en más de un sentido.

Pero esta crónica incluye muchas otras ciudades: la ciudad donde se obtuvo el doctorado; la ciudad donde terminó la relación de pareja; la ciudad donde se tomó la decisión de no tener hijos; la ciudad de la Alta Cocina Mexicana y, sobre todo, la ciudad donde todo está marcado por un activismo que se extendió a una breve pero intensa visita a Río de Janeiro.

Andenes se abre con dos crónicas ajenas a Nueva York, pero necesarias para entender el sentido de la experiencia que será reseñada en el resto del libro: una crónica del movimiento ciclero en San Francisco y otra sobre la experiencia personal de haber estudiado



en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. La experiencia de Nueva York fue una extensión de estas estancias que crearon expectativas que la ciudad no decepcionó.

El hecho de que este libro sea una crónica no impide que en algunos momentos la prosa llegue a ser poética. Cuando Adriana visita a los padres de su novio Chris conoce a su hermana, que ocasionalmente hace galletas. Este detalle aparentemente nimio adquiere un sentido alegórico:

Me ofreció un prodigio que se desintegraba en la boca, dejando un rastro de nuez y especias de nombres desconocidos que se iban esfumando poco a poco, como una bailarina entre velos arremolinados.

Unas líneas más adelante, esta imagen le permite confesar: "...como el dinosaurio y por más que alardeara de cavernícola, la falta seguía ahí. Jamás había logrado nada que se acercara ni de lejos a esa galleta".

Al final, la estancia en la ciudad terminó abruptamente por las condiciones de la beca. Pero en las páginas de estas crónicas podemos compartir la experiencia de un espacio múltiple, que no deja de ser único para cada visitante.

La ciudad de Nueva York que conocemos en estos andenes es simultáneamente íntima y política, ajena pero intensa, a veces difícil y con frecuencia deslumbrante. Como estas crónicas. 